

diversas defensas y poner vigilancia en las puertas, encargando a cada uno de sus guardianes «*que no abryese a persona ninguna sy no fuere conoçida de la çibdad*». Parece ser que el conde reclutaba tropas sin disimular siquiera su intención ofensiva, y hasta había enviado a su secretario y gobernador de sus tierras, Antonio de Quirós, a pedir a los principales y a las autoridades de Alcaraz de que le entregaran la plaza.

Ante la previsible resistencia, el conde de Paredes hizo un llamamiento a algunos de sus parientes y valedores, y en particular al adelantado de Murcia, su cuñado, que al parecer comenzó a alistar gente de armas en Murcia, Lorca y otras ciudades y villas del Adelantamiento, y envió a Alcaraz una «*carta de mucha sobervias e amenazas a la dicha çibdad*»⁴¹. El ayuntamiento, ya antes advertido de los preparativos murcianos por un vecino suyo que residía allí, reforzó la vigilancia en puertas y murallas, intensificó los trabajos de fortificación, y envió a Cisneros algunos mensajeros para solicitar refuerzos con que hacer frente al previsible ataque de Manrique y Fajardo.

Es cierto que no cabe duda de la intención manriqueña, ya demostrada el año anterior, de apoderarse de Alcaraz, pero su actitud resulta difícil de encajar en el panorama político y en la división de bandos nobiliarios de la época. Manrique no era López Pacheco. No estaba comprometido, que sepamos, en las múltiples ligas y conspiraciones desarrolladas hasta entonces. O al menos nadie lo había tenido en cuenta, dada su juventud y su inexperiencia. Era un noble rural, no un cortesano. Algunos vasallos suyos de Castilla habían ayudado —es cierto— a su pariente, el duque de Nájera, don Pedro Manrique, en su intentona para apoderarse de Torquemada y de la reina, pero ello no supone que el señor, que prácticamente no salía de Villapalacios y de sus otras posesiones albacetenses, lo hubiera ordenado expresamente. Hay que pensar que, pescador en río revuelto, se decidió a dar este paso aprovechando la debilidad del gobierno de Cisneros, quien, acosado por la amenaza de invasión exterior de Navarra y Alemania —se decía que Maximiliano preparaba en Flandes un cuerpo expedicionario— no estaría en situación de oponerse a uno de los nobles que todavía no eran sus enemigos declarados, y mucho menos a una política de hechos consumados. Es posible también que la inestabilidad creada en la cercanía por los sucesos de Chinchilla, y tal vez alguna incitación del revoltoso Nájera, le animara a jugar esta arriesgada baza.

Más difícil aún es imaginar el por qué de la ayuda militar que Pedro Fajardo se disponía a prestar a Manrique. Pudiera ser por razones de parentesco, pues don Rodrigo estaba casado con Isabel Fajardo; aunque el adelantado de Murcia, casado a su vez con Magdalena Manrique, hermana del conde, acababa de divorciarse de ella el 3 de febrero de 1507⁴². A parte de ésto, no tenía don Pedro, si exceptuamos algunas importantes rentas situadas precisamente en Alcaraz, que su hermano había heredado del abuelo Chacón, excesivos intereses personales en tierras albacetenses. No cabe descartar tampoco un compromiso de honor, o un deseo de emular las empresas caballerescas de sus antepasados, tal vez en virtud de la antigua amistad y parentesco familiar; y de recordar los tiempos lejanos de 1475, en que otro Pedro Fajardo y otro Rodrigo Manrique, abuelos de los actuales, unieron sus fuerzas para cercar y ocupar la ciudad de Alcaraz en nombre de los Reyes Católicos.

Desde luego, la actitud violenta de los dos nobles llegó a alarmar a Cisneros. Enterado éste del peligro que Alcaraz corría, el 19 de abril, desde Palencia, escribió a Manrique y a

⁴¹ Estas noticias son reveladas en 1536 por uno de los testigos en un pleito entre Alcaraz y el conde de Paredes. Arch. Hist. Nacional. Consejos, Leg. 27910, N.º 14.

⁴² Era casi una tradición en los Fajardo buscar esposa en aquel linaje. El abuelo, Pedro Fajardo, casó con Leonor Manrique, hija del maestre don Rodrigo; y el padre, Juan Fajardo, lo hizo en segundas nupcias con Inés Manrique.